



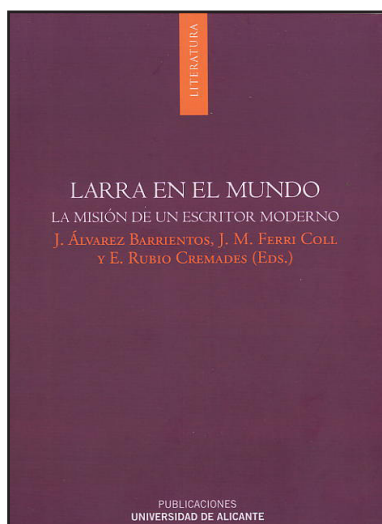
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 18 (2012)

Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS; José María FERRI COLL y Enrique RUBIO CREMADES (eds.) (2011), *Larra en el mundo. La misión de un escritor moderno*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 413 pp.



Con motivo del segundo centenario del nacimiento de Mariano José de Larra, un grupo de reconocidos especialistas —no solo en dicho autor y su obra literaria, sino en la literatura del Romanticismo español— reúnen aquí sus aportaciones, como respuesta a una convocatoria cuyo objetivo era indagar acerca de la actualidad y vigencia del escritor; y, atendiendo a la etiqueta que completa el título de esta miscelánea, pretendía explicar también por qué «Larra todavía es visto como un emblema de la Modernidad» (p. 13). Modernidad que, según afirma esta nota introductoria, se debe a dos poderosas razones: lo penetrante de su mirada, «capaz de discriminar lo esencial de lo accesorio, pero presentándolo de modo aparentemente anecdótico» (p. 13); y su lenguaje, que pese a los casi doscientos años transcurridos, «no le resulta distante ni extraño al lector, que se identifica, mediante sus formulaciones, con lo que se le cuenta» (p. 13). Por ello, concluyen los recopiladores del volumen en esa presentación, «si clásico es aquel autor que aún se lee y en el que las nuevas generaciones de lectores encuentran respuestas [...], que está presente en la sociedad porque esta alude a sus personajes y a sus creaciones [...], hay que reconocer que Larra es doblemente clásico» (p. 15).

De acuerdo con tal planteamiento, los veinticuatro estudios aquí reunidos abordan la literatura larriana en sus más

diversas manifestaciones (preferentemente, la periodística, pero también el teatro, la novela, la poesía), enmarcadas en su tiempo, y relacionadas con los autores a quienes leyó o tradujo, con quienes colaboró, se relaciono, o polemizó... No es fácil en una reseña convencional dar cuenta de tan amplia, variada y densa colectánea, a no ser que —como haré aquí— pasemos revista a cada una de las aportaciones del volumen, sintetizando su contenido, recogiendo sus conclusiones y evaluando su mérito e interés.

Joaquín Álvarez Barrientos, en «Proyecto literario y oficio de escritor en Larra», reflexiona acerca de la raíz ilustrada de su formación y pensamiento, lo que le llevó a centrar su labor en el periodismo, «porque es el medio más eficaz de llegar al mayor número posible de receptores» (p. 18). Ello explica también el fundamental papel que en su escritura tiene la sátira («fue desde su autorrepresentación como satírico como alcanzó su condición de escritor», p. 21), pero también el sentido de su variada pseudonimia y la polifonía que ello comporta («se lanzó a la palestra oculto tras diferentes máscaras que, con el tiempo, le permitieron dar salida a diferentes voces y hacerlas dialogar», p. 25), así como su constante indagación sobre el lenguaje: «Tras sus muchas observaciones sobre la lengua y tras los diferentes intentos por hacerse con un estilo apropiado y ajustado, se esconde una desconfianza en la lengua como instrumento de comunicación» (pp. 31-32).

José María Ferri Coll indaga, a través de la práctica crítica de Larra, cómo es lo que denomina su «representación romántica del mundo». En tal pesquisa aborda una de las características más notadas en nuestro autor: las contradicciones de su pensamiento, que «lejos de ser una tacha [...], por un lado, es propia de quien somete todo juicio a constante revisión; y por otro, resulta ajustada a las exigencias de aquel que no se resigna a aceptar el estado de cosas del presente como si de una suerte de panacea se tratara» (p. 45). Lo cual tiene que ver también con los diversos pseudónimos con que firmó: «Todos, sin duda alguna, representan la personalidad del autor, pero en la sucesión de ellos [...] se aprecia asimismo la voluntad de Larra por ofrecerse ante sus lectores en constante cambio, en infinito progreso de manera que se deje ver lo poliédrico de sus opiniones» (p. 46).

Alejandro Pérez Vidal, en «El liberalismo de Larra: algunas inspiraciones francesas», tras recordar las incoherencias u oscilaciones de su pensamiento político, llama la atención sobre «su interés sostenido por formarse un punto de vista intelectualmente solvente, a la altura del pensamiento de su tiempo» (p. 52). Y, para rastrear las fuentes de esa formación, pasa revista a algunos de los autores franceses que influyeron en su producción como articulista. Ante todo, Étienne Jouy, pero también François-René de Chateaubriand, Charles Didier, Eugène Leminier; un minucioso repaso a los escritos de cada uno de ellos que Larra leyó, pero también las relaciones personales que pudo mantener con alguno de ellos (Didier) ayudan a perfilar su influencia en el liberalismo larriano.

En «Larra y la representación de lo privado», Jesús Rubio Jiménez plantea «la honda interrelación entre el teatro y la sociedad y su convencimiento [de Larra] de que reformar el teatro ayudaría a reformar la sociedad» (p. 73), para lo cual estudia «cómo reflexionó Larra sobre la representación de lo privado en el teatro de su tiempo, atendiendo por igual a la producción teatral y su recepción inmediata» (p. 75). El repaso a una selección de artículos —tanto de costumbres como específicamente de crítica teatral— le lleva a concluir: «No creo que sea bueno otorgarles a los escritos teatrales de Larra un valor preceptivo o académico, es mejor leerlos como *escritos de opinión* [...] Leerlos como fueron escritos: *impresiones* del acontecer teatral cotidiano español» (p. 93).

Marta Palenque evoca uno de los episodios emblemáticos en la historia del movimiento romántico español: «José Zorrilla lector al borde de la tumba de Larra», que reconstruye y explica con extraordinaria brillantez, a partir de una pregunta aparentemente imposible de responder («¿Cómo leería Zorrilla?», p. 97), pero que, tras su

minuciosa indagación, estamos en condiciones de imaginar. Desde aquella primera lectura —que no recitado— en la tarde del 15 de febrero de 1837 («Ese vago clamor que rasga el viento / es la voz funeral de una campana...»), pasando por la dilatada carrera declamatoria de Zorrilla, que le lleva, «apremiado por menesteres crematísticos», a emprender «una serie de giras por la Península que son decisivas en el progresivo asentamiento de la lectura pública como moda» (p. 135). Para ello, apoya su pesquisa en los testimonios de sus coetáneos, el repaso a los manuales de *arte de la lectura* y de declamación actoral más usuales entonces, pero también en la consideración de los aspectos más declamatorios —en un sentido no peyorativo del término— de la lírica zorrillesca.

Leonardo Romero Tobar demuestra convincentemente cómo y por qué es acertado considerar a Larra «el primer periodista moderno en España» (título de su aportación a este volumen), tanto en su modernidad formal, como en su concepto de la función formativa y preformativa de los periódicos modernos y en su caracterización del periodista. Sostiene que Larra es «el caso más claro entre los escritores españoles del XIX, de un autor que busca su campo literario en una forma de escritura que le procure la mejor comunicación con los lectores», lo que explica «su incesante actividad en los más diferentes géneros de la creación literaria» (p. 125). Especial consideración le merece la prosa larriana, que «se mantiene tan viva como en los momentos en que la leían los lectores de su tiempo» (p. 127), hasta el punto de «convertirse en sus artículos en una moderna prosa de arte. En esta metamorfosis estilística —concluye— reside el mayor aporte de Mariano José de Larra a la literatura española, ya que transforma una Retórica inmovilizada en un discurso vivo, rápido, intenso» (p. 129).

María Angulo Egea, en «Larra y Cavia, galeotes del periodismo», ofrece una suerte de «vidas paralelas», comparando la obra de esos dos «marianos» periodistas, de comienzos del XIX y del XX, entre los que encuentra —y demuestra— más coincidencias que la de sus nombres de pila: «Ambos explotaron la potencialidad estética y literaria del artículo sin menoscabo de su carácter periodístico» (p. 142); pero también fueron «incapaces para manejar su propia existencia, llegando hasta la autodestrucción» (p. 143). Igualmente les asemeja el uso de diversos pseudónimos, su preocupación por la lengua, su interés por el teatro europeo.

Luis F. Díaz Larios, en «Larra novelista y la novela de su tiempo», aborda un interesante aspecto de la crítica literaria de nuestro autor: «Larra no reseñó nunca ninguna de las novelas que se publicaron en su tiempo», y «guardó un llamativo silencio sobre contemporáneos y coetáneos que siguieron los pasos de Walter Scott, del que era gran admirador» (p. 153). Pero un cuidadoso rastreo de las alusiones, citas o juicios brevísimos y dispersos que en sus escritos aluden a aquel género, permiten deducir «un muy atento seguimiento de desarrollo de la novela» (p. 154) en las letras europeas de su tiempo.

Ana L. Baquero Escudero se enfrenta a *El Doncel de don Enrique el Doliente*, considerada como una original aportación en el debate genérico acerca de las dos modalidades narrativas que introdujo Scott: *romance* / *novel*. Para ello analiza en la novela de Larra su tratamiento de lo fantástico («frente al viejo romance caballeresco, la novela histórica de herencia scottiana tiende a difuminar o cuando menos intenta hacer plausible la presencia de lo maravilloso. Algo en lo que Larra se muestra especialmente riguroso», p. 178) o sus maneras de caracterizar los personajes. La conclusión más evidente de esa lectura («no parece que *El doncel* pueda ser considerada como una obra especialmente diferente o innovadora», p. 180) permite afirmar también que, de acuerdo con los postulados del autor de *Ivanhoe*, *El doncel* «resulta un singular híbrido puesto que si su concepción global aparece claramente enraizada en el universo del viejo romance, la presencia de esa novela realista iniciada en la centuria anterior no deja de influir en ella» (p. 180).

Enrique Rubio Cremades, partiendo de la conocida distinción que considera «a Larra y Mesonero como representantes de una dualidad o forma de entender el costumbrismo a la hora de denunciar o describir los comportamientos de la sociedad» (p. 185), establece las analogías y concomitancias que pueden apreciarse comparando los artículos costumbristas de *Fígaro* con los de *El Curioso Parlante*. Para ello analiza no solo los fundamentales artículos el primero dedicó a reseñar el *Panorama Matritense*, sino también las referencias a Larra que en la obra de don Ramón pueden rastrearse. El cotejo entre las respectivas aportaciones de cada uno de ellos al género permite concluir que tienen «idéntico sentido e intención [...] a la hora de inculcar un propósito docente» (p. 191); pero también resultan evidentes algunos matices y divergencias, que califica de «harto reveladoras. Así, la xenofobia de Larra está en su justo medio [...] mientras que en Mesonero alcanza tintes más extremos» (p. 192).

Por su parte, María de los Ángeles Ayala amplía esa comparación en el tiempo, rastreando «La huella de Larra en las colecciones costumbristas del siglo XIX»: fundamentalmente *Los españoles de ogaño* (1872), álbum en el que encuentra notorias coincidencias —si no deudas— con «el tono escéptico y desgarrado» (p. 198) de los artículos de *Fígaro*: su visión totalmente desalentadora sobre el mundo literario y cultural, su despiadado retrato del literato novel (actitud extensiva también hacia críticos, empresarios, actores), su atención a la enseñanza, la abogacía, la medicina, las referencias a la inmoralidad pública en los negocios puramente especulativos, las ironías sobre la política y sus representantes... «Pese al tiempo transcurrido y los cambios operados en la sociedad, Larra y los colaboradores de *Los Españoles de Ogaño* coinciden en sus denuncias y censuras contra unos vicios y comportamiento que, a juzgar por los artículos leídos, se han enquistado en la sociedad española» (p. 207). Conclusión que, si bien está referida a los treinta y cinco años que separan ese álbum de la muerte de Larra, cobra una dimensión dolorosamente actual, a la altura de este 2012 en el que escribo.

Ana María Freire López, en «La España de Larra en la literatura de viajes», plantea algunas sugestivas cuestiones e hipótesis, a propósito de *Un année en Espagne* (1837), de Charles Didier, en relación con los viajes y las traducciones de Larra. Tras repasar la biografía y escritos de ese hoy casi olvidado autor francés, analiza las crónicas de sus andanzas por España, aparecidas primero en la *Revue des Deux Mondes* y luego en su libro citado, que considera «posiblemente uno de los más interesantes análisis de la situación española en los años de la regencia de María Cristina, escrita por alguien no español» (p. 218). Especial importancia tiene la hipótesis que formula (luego confirmada documentalmente) acerca de una posible relación personal entre ambos autores, con ocasión de su coincidencia en el Madrid de 1835.

David T. Gies abre su trabajo «Larra: crítico teatral / crítico del teatro» con una provocadora afirmación («Larra detestaba el teatro»), que inmediatamente matiza y explica: «Dicho de otra manera, detestaba el teatro de su época, ese teatro fácil superficial, mal escrito, mal traducido, chabacano y mal representado» (p. 225), según demuestra, tras el análisis que lleva a cabo de una buena porción de artículos del escritor. En ellos, «con risas que esconden lágrimas (o quizás, rabia), Larra cuenta anécdotas y chistes sobre el mal estado del teatro [...] pero son anécdotas y chistes que encierran la amargura que siente y el profundo sentido de la responsabilidad [...] que ha aceptado al convertirse en crítico teatral» (p. 229).

María Pilar Espín Templado se enfrenta a lo que denomina «Una falsa contradicción: Larra, crítico de las traducciones teatrales y autor de las mismas». Para ello somete a consideración tanto la dramaturgia original de Larra (*El Conde Fernán González*, *Macías*), como su teoría y opiniones sobre la traducción teatral, para atender con más detalle sus

traducciones del teatro francés (*vaudevilles*, dramas históricos), que caracteriza de modo concluyente: «Para nuestro escritor la traducción puede llegar a ser equivalente a creación original, pues en ocasiones supone una reelaboración de los textos traducidos en su adaptación del texto al público al que va destinado» (p. 246).

Carmen Menéndez-Onrubia se ocupa de «Antonio de Guzmán y Jerónima Llorente: dos actores en el Madrid de Larra», cuya biografía y labor escénica repasa con detalle y abundante información, de modo que podemos entender y valorar con más rigor los muchos escritos en los que *Fígaro* se ocupa de la actividad teatral: tanto sus reseñas de los estrenos que presenció como también los abundantes artículos de costumbres en los que, mediante la ficción más convincente, recrea las modalidades, formas, características, tipos y circunstancias de aquella profesión.

Piero Menarini estudia el *Matías* de Ramón Franquelo, curiosa parodia del drama larriano *Macías*, con lo que —como dice el título de su artículo— nuestro autor se convierte en «parodiador parodiado». Estrenada en noviembre de 1850, esta «pieza de costumbres, rigurosamente en idioma andaluz» (p. 270) fue publicada en dos ediciones, bastante diferentes, de 1850 y de 1863. Por tratarse de una obra hoy totalmente olvidada, resulta especialmente ilustrativo el minucioso cotejo —de personajes, situaciones, escenas, didascalías...— con la tragedia *Macías*, que deliberadamente intenta ridiculizar: «El texto de Larra subyace prácticamente en todo a la parodia de Franquelo, que hay que considerar, en su género, una obra maestra por su capacidad de seleccionar y parodiar los aspectos esenciales, para que se reconozcan tanto el argumento general y los personajes del drama, como los diálogos (...) también, y a veces sobre todo, en su puesta en escena» (p. 281).

Alberto Romero Ferrer trata de *Sombra y quimera de Larra*, de Francisco Nieva, pieza teatral surgida del encargo para una representación de *No más mostrador*, y que se estrenó en 1976; un año antes, por cierto, que *La detonación*, la interpretación dramática que Buelo Vallejo dedicó a la personalidad y biografía de Mariano José. Si la pieza bueriana es «fundamentalmente más un pretexto para hablar del presente» (en tiempos tan convulsos como los de la llamada *Transición*), la de Nieva se centra más «en el autor/personaje y en su entorno» (p. 285). Resulta ser, así, «una obra sobre Larra, pero el Larra interior» (p. 286). Sirviéndose del recurso del «teatro dentro del teatro», Nieva ofrece una *alucinada* representación de *No más mostrador* «en un teatro de época, donde se alzaban dos telones [...] ante la presencia del propio autor que asiste a la representación desde un discreto palco real, con lo que la teatralidad de la propuesta de Nieva salta a la misma sala de butacas, inmersa así en este juego de espejos teatrales, presentes en los actores y en el mismo público que asiste a la representación» (pp. 287-288).

Salvador García Castañeda atiende a uno de los aspectos menos estudiados en la producción de nuestro autor: su obra en verso (que acaso fuera excesivo denominar *poesía*, aunque a veces llegue a serlo); mas no para reivindicar esa faceta de su personalidad literaria, sino para «ver cómo esta faceta de su quehacer complementa los escritos en prosa y descubre o confirma relevantes datos que contribuyen a esclarecer el perfil de *Fígaro* como escritor y como hombre» (p. 291). Para ello somete a cuidadosa lectura y comentario las composiciones poéticas que han llegado hasta nosotros (fundamentalmente, gracias a la pesquisas de Rumeau, pero también las de Escobar, Leslie, Schuriknigh), para concluir que si nuestro autor «tocó los mismos géneros y los mismos temas poéticos que sus contemporáneos» (p. 299), sus poesías «expresan tanto los cambios de sus gustos literarios [...] como sus inseguridades y sus anhelos» (p. 303).

María José Alonso Seoane estudia las relaciones personales y literarias entre Larra y José de Negrete y Cepeda, quinto Conde de Campo Alange. Si bien entre ellos había cierta diferencia de edad, como hijos de afrancesados, ambos se formaron el país vecino,

y no llegaron a conocerse personalmente hasta después de 1833, ya en Madrid; conocimiento que se transformó en amistad, documentada a partir de 1835, cuando viajan juntos a Mérida. «Por lo demás —matiza la investigadora—, las diferencias literarias fueron muy grandes, tanto en el planteamiento general de temas y contenidos, como de planteamiento retórico y genérico» (p. 310). A la muerte de Alange, en 1836, Larra le dedicó un sentido artículo necrológico en *El Español*, además de otros escritos, inadvertidos hasta ahora, y que se reproducen en apéndice.

Borja Rodríguez Gutiérrez arroja luz sobre «el enemigo olvidado» de Larra, Clemente Díaz, destinatario de la «Carta panegírica de Andrés Niporesas a un tal don Clemente Díaz, gran poeta y literato, en contestación a cierta sátira contra *El Pobrecito Hablador*»: escrito que aquí se califica como «el ataque personal más extenso, feroz y destructivo que jamás haya escrito Mariano José de Larra» (p. 320). Su detallado estudio de *La Satíricomanía. Sátira escrita en tercetos dirigida al Pobrecito Hablador*, de Díaz (cuyo texto se ofrece en apéndice, con otros documentos pertinentes a la polémica) y de la respuesta larriana le permiten concluir que «leyendo la *Carta panegírica* uno no puede por menos de estar agradecido a este ignoto Clemente Díaz, por haber dado ocasión a semejante demostración de habilidad lingüística y mordacidad satírica» (p. 324).

Eva M^a Valero Juan estudia «La impronta de Larra en Hispanoamérica en el bicentenario de la Independencia», tanto en la literatura costumbrista, como en el ensayo político e ideológico. Huella de gran importancia histórica «por el hecho de que el costumbrismo se construyó como la corriente literaria que dio forma escrita a la emancipación política y cultural hispanoamericana» (p. 345); pero también por la curiosa circunstancia de que «fueron los intelectuales del liberalismo hispanoamericano decimonónico [...] quienes acogieron, aclamaron y heredaron el pensamiento de Larra» (p. 347); aunque para ello —matiza— utilizasen a *Figaro* «como figura a través de que proyectar el antiespañolismo» (p. 353).

En su artículo «Larra y el Museo Romántico», Begoña Torres González, Directora del mismo, explica la historia de su creación, en 1924, las vicisitudes de su afianzamiento y desarrollo, con una valiosa descripción y explicación de sus fondos, atendiendo especialmente a su dimensión larriana, que fue uno de los objetivos fundamentales del fundador, Benigno Vega-Inclán, «interesado desde los inicios en conseguir todos los restos del naufragio de la vida de Larra que habían sido salvados milagrosamente por su familia» (p. 369): retratos, ropas, manuscritos y objetos personales (espejo de tocador, sello de lacre, baraja, pistolas...); todo lo cual, incrementado recientemente («una gran parte del legado de Larra —mucho más completo y ampliado— ha vuelto al museo del Romanticismo, gracias a la generosidad de don Jesús Miranda de Larra y de Onís»), le permiten afirmar que el Museo es «la institución depositaria de la memoria de Larra» (p. 383).

El citado Jesús Miranda de Larra y de Onís, descendiente y biógrafo del escritor, ofrece, en «Larra y su mensaje en el tiempo», como apoyo de su lectura y explicación de la «vigencia del mensaje de mi querido joven antepasado» (p. 387), valiosos datos y documentos inéditos, entre ellos, la versión completa (recuperando los fragmentos censurados) de algunos escritos larrianos relativos a las circunstancias de su última aventura política, y que le permiten concluir que «la censura también contribuyó al suicidio de Larra» (p. 399).

Cierra el volumen el trabajo bibliográfico de María del Carmen Simón Palmer, que ofrece un riguroso y muy completo fichero de los 145 estudios sobre Larra y las 17 ediciones de escritos suyos, aparecidos en los diez primeros años de este siglo XXI. Considerando la reconocida competencia de esta bibliógrafa, no parece necesario ponderar (pero sí agradecer) la valía de esa aportación, imprescindible para cuantos —investigadores,

profesores, críticos, estudiantes, lectores— se interesan por la personalidad y obra literaria de nuestro autor.

En suma, prácticamente todos los aspectos y dimensiones de su obra (estética literaria, pensamiento político, producción periodística, obra novelesca, costumbrismo, literatura de viajes, labor como crítico teatral, traducciones para el teatro, obra poética, relaciones literarias, difusión y recepción, imitaciones, tratamiento literario posterior...) son abordados en este volumen, que está llamado a ser obra de consulta, referencia y cita inexcusable en la bibliografía sobre Mariano José de Larra.

José Manuel GONZÁLEZ HERRÁN